

LA POESÍA DE 1940 A 1975

Apuntes de Jesús Huerta

1. INTRODUCCIÓN. Lorca había muerto; de los demás, todos menos tres (Alonso, Aleixandre, Diego) se exiliaron (junto a otros poetas anteriores como Juan Ramón Jiménez, A. Machado, etc.), como vimos en el tema correspondiente. M. Hernández, que se ubicaría en este primer momento, en plena guerra civil (recuérdese que muere en 1942) ya se estudiado anteriormente. Junto a ellos figuran poetas que apenas habían iniciado su obra antes de la guerra o que la compondrán toda en el exilio. A éstos vamos a referirnos ahora. En su temática ocupa un lugar preeminente el tema de la patria perdida. Al principio, evocan la lucha, las ilusiones, la derrota; domina entonces un tono amargo, junto a imprecaciones contra los vencedores. Luego, tales rasgos ceden paso a la nostalgia, a los recuerdos, a la evocación de las lejanas tierras españolas, al ansia de volver. Y junto a ello, se incrementará el cultivo de otros temas, ya sean eternas preocupaciones humanas, ya las realidades de las tierras que los acogieron. En cuanto al estilo, no parece posible señalar afinidades suficientes. La dispersión de sus vidas por Europa y América hace que reciban influjos muy diversos y que sigan caminos muy variados. En la imposibilidad de abordar aquí tal estudio, citaremos sólo los nombres de cinco poetas muy significativos: Gil Albert, Quiroga Pla, Rejano, Serrano Plaja y Herrera Petere.

2. LA POESÍA EN ESPAÑA TRAS LA GUERRA.

Como señalamos en el tema teórico de la Generación del 27, nuestra poesía había iniciado un proceso de rehumanización a partir de 1927, proceso que se intensifica con las dramáticas circunstancias de los años 30 (lo hemos visto en Miguel Hernández). En esa dirección seguirán -aunque con sensibles diferencias de enfoque- los poetas que escriben en España tras la guerra (sólo en fechas posteriores volverán a ponerse en primer plano las preocupaciones formales). Una general preocupación por el hombre como tema poético da lugar tanto a la expresión de problemas existenciales como a una visión del hombre inmerso en los problemas sociales. Estamos, pues, ante la misma diversidad de enfoques que hemos visto en la novela o en el teatro. Ello conduce a distinguir, en la evolución de la poesía, unas etapas, unas corrientes o unas tendencias paralelas a las que marcaban el desarrollo de los demás géneros. A ello responderán los epígrafes siguientes.

3. LOS PRIMEROS AÑOS DE POSGUERRA (años 40).

Comencemos por examinar la etapa constituida por los años 40 y principios de los 50. En ella nos encontramos a poetas más o menos coetáneos de Miguel Hernández. Nacidos en tomo a 1910, se les suele agrupar bajo el rótulo de generación del 36. Se ha hablado también de una “generación escindida”: algunos de ellos, como se ha visto, continuaron su obra en el exilio. Los que siguen en España se orientan por diversos caminos que Dámaso Alonso -con fórmulas consagradas- redujo a dos: una poesía arraigada y una poesía desarraigada. Pero hay otras tendencias.

a. Poesía arraigada. Así llamó Dámaso Alonso a la poesía de aquellos autores que se expresan “con una luminosa y reglada creencia en la organización de la realidad”. En su centro hallaríamos a un grupo de poetas que se autodenomina juventud creadora y que se agrupan en torno a la revista *Garcilaso*, fundada en 1943; de ahí que se les llamara también los garcilasistas. Vuelven sus ojos, en efecto, hacia *Garcilaso* (cuyo centenario en 1936 había quedado truncado por la guerra) y hacia otros “poetas del Imperio”. Han salido de la

contienda con un afán optimista de claridad, de perfección, de orden. En puras formas clásicas, encierran una visión del mundo coherente, ordenada y serena (hasta las tristezas se expresan con serenidad y limpidez). Uno de los temas dominantes es un firme sentimiento religioso, junto con temas tradicionales (el amor, el paisaje, las cosas bellas).

A tales características responde la poesía que componen, por aquellos años, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, José García Nieto, Rafael Morales, etcétera. Algunos de ellos desbordarían más tarde los cauces de ese lirismo clásico, ya sea por un giro ideológico (como en el caso de Ridruejo), ya sea por una búsqueda de nuevas formas. De esto último sería ejemplo máximo Luis Rosales, que nos dará en 1949 *La casa encendida*, conjunto de largos poemas en versículos y de lenguaje personalísimo; un libro redescubierto años después y reconocido como una de las obras más importantes del lirismo español contemporáneo.

b. Poesía desarraigada. La poesía desarraigada quedaría opuesta a la anterior. A esta desazón dramática respondió, como sabemos, su libro *Hijos de la ira* (1944), que preside toda una veta de la creación poética de aquel momento. También en este caso hay una revista que acoge a los poetas de esta tendencia: *España*, fundada precisamente en 1944, en León, por Victoriano Crémer y Eugenio de Nora.

Estamos, pues, ante una poesía arrebatada, de agrio tono trágico (que, a veces, fue calificada de “tremendista”, como cierta novela de la época); una poesía desazonada que se enfrenta con un mundo deshecho y caótico, invadido por el sufrimiento y por la angustia. La religiosidad también está muy presente en los poetas desarraigados, pero adopta en ellos el tono de la desesperanza, de la duda, a veces, o se manifiesta en desamparadas invocaciones e imprecaciones a Dios sobre el misterio del dolor humano. Este humanismo dramático, desgarrado, tiene un evidente entronque con la línea existencialista. Tales son los perfiles que adopta, en este momento, la preocupación por el hombre (antes de que desemboque claramente en una poesía social). A esta poesía corresponde también un estilo muy distinto al de, por ejemplo, los “garcilasistas”: un estilo bronco, directo, más sencillo y menos preocupado por los primores estéticos.

En esta línea se incluyen, aparte de los pactas citados, otros como Ángela Figuera, Ramón de Garciasol, José Luis Hidalgo (muerto muy joven), Carlos Bousoño, Vicente Gaos, Leopoldo de Luis, etcétera; pero destacan especialmente los primeros libros de Gabriel Celaya y Blas de Otero (como veremos).

c. Otras tendencias. Añadamos en seguida que el panorama de la poesía de posguerra no se agota con las dos líneas expuestas. Por lo demás, la distinción entre ambas no es absolutamente tajante: pueden hallarse momentos de zozobra en los poetas “arraigados” o momentos de serenidad en algún poeta “desarraigado”. Y surgen también en aquellos años autores difícilmente encasillables en dicha dicotomía, si atendemos a sus ricas peculiaridades: pensamos, por ejemplo, en dos grandes poetas como José Hierro y José María Valverde. En el primero se dan con el mismo rigor poético momentos de angustias existenciales y momentos de serena aceptación de la vida; el segundo muestra una honda religiosidad que no tiene nada que ver con posturas conformistas.

En una posición marginal con respecto a las tendencias señaladas, hay que aludir a un movimiento de posguerra que, olvidado luego, ha vuelto a suscitar interés últimamente. Nos referimos al *Postismo*, fundado en 1945 por Carlos Edmundo de Ory (1923) y otros. El *Postismo* (abreviatura de Postsurrealismo) enlaza con la poesía de vanguardia: pretende ser un “surrealismo ibérico”, reivindica la libertad expresiva, la imaginación, lo lúdico. Rechaza la angustia existencialista y, frente a la inmediata poesía social, se presentará como una rebeldía subjetiva, aunque no menos antiburguesa. Relacionados con el *Postismo* se hallan poetas como J. E. Cirlot Ángel Crespo, Gabino Alejandro Carriedo, etc. Insistimos en que estos

poetas, y sobre todo Ory, no hallarían eco hasta las últimas décadas, gracias al interés que por ellos han sentido los poetas “novísimos” y los nuevos críticos.

En semejante posición marginal habría que situar al poeta aragonés Miguel Labordeta (1921-1969), quien, desde 1949 (*Violento idílico*), cultivó, como solitario, una poesía rebelde, cuyo lenguaje entronca igualmente con el Surrealismo. También Labordeta ha sido reconocido como precursor por algunos poetas posteriores.

Un lugar especial y eminente es el del grupo Cántico de Córdoba, que mantenía en la posguerra el entronque con el 27 y cultivaba una poesía predominantemente intimista y de gran rigor estético, cuya valoración plena no llegaría hasta los años 70. Son sus principales figuras Ricardo Molina, Julio Aumente y, sobre todo, Pablo García Baena.

Citemos, en fin, a Gloria Fuertes que, desde aquellos años, ha seguido una línea muy personal, de la que se hallarán buenas muestras en sus *Obras incompletas* (1975). Y a Carmen Conde, otra voz singular de un intenso vitalismo.

4. LA POESÍA SOCIAL (años 50).

Como sabemos, hacia 1955 se consolida -en todos los géneros- el llamado “realismo social”. De esa fecha eran dos libros de poemas que marcan un hito: *Pido la paz y la palabra* de Blas de Otero y *Cantos iberos* de Gabriel Celaya. En ellos, ambos poetas superan su anterior etapa de angustia existencial, para situar los problemas humanos en un marco social. (También en esta dirección, los nuevos poetas se hallarán “acompañados” por una figura del grupo del 27: Vicente Aleixandre, que, en 1954, daba un giro profundo a su obra -como vimos- con *Historia del corazón*, centrado en la idea de “solidaridad”.)

Obras como las citadas muestran un nuevo concepto de la función de la poesía en el mundo. Partiendo de la “poesía desarraigada”, se ha pasado a la “poesía social”. Ya Vicente Aleixandre decía: “el poeta es una conciencia puesta en pie hasta el fin”. Para Celaya, “un poeta es, por de pronto, un hombre” y “ningún hombre puede ser neutral”. La poesía, por tanto, debe “tomar partido” ante los problemas del mundo que le rodea. El poeta se hace solidario de los demás hombres; antepone a las metas estéticas los objetivos más inmediatos. La poesía -según Celaya- es un instrumento, entre otros, para transformar el mundo”. Junto a Celaya y Otero, cultivan la poesía social autores como V. Crémer, E. de Nora, Garciasol, A. Figuera, L. de Luis.

En cuanto a la temática, hay que destacar la gran proporción que alcanza el tema de España, más obsesivo aún que en los noventayochistas y con un enfoque distinto (más político). Proliferan, en efecto, títulos de libros o de poemas como éstos: *Que trata de España* (Otero), *Tierras de España* (Garciasol), *España, pasión de vida* (Nora), *Dios sobre España* (Bousoño), etc. Pudo incluso componerse una copiosa antología titulada *El tema de España en la poesía española contemporánea* (José Luis Cano).

Bastantes años antes -durante nuestra Guerra Civil- dos poetas hispanoamericanos nos habían dado títulos semejantes a los citados: *España en el corazón* (Pablo Neruda) y *España, aparta de mí este cáliz* (César Vallejo). Se trata de obras que han presidido nuestra poesía social. Y junto a ellas, ya conocemos la influencia decisiva de Antonio Machado y de Miguel Hernández.

Dentro de la preocupación general por España y del propósito de un “realismo crítico”, se sitúan temas concretos que resultan paralelos a los que vimos en la novela y en el teatro de la misma tendencia: la injusticia social, la alienación, el mundo del trabajo, el anhelo de libertad y de un mundo mejor.. No hará falta insistir sobre ello.

Tales temas -y las intenciones que los sustentan- explican las notas dominantes en el estilo. Los poetas se dirigen “a la mayoría”: Celaya y Otero, a la cabeza de muchos más, expresan su voluntad de llegar al pueblo. Tal pretensión conduce al empleo de un lenguaje claro, intencionadamente prosaico muchas veces, y a un empleo sistemático del tono

coloquial. Celaya habla de “escribir como quien respira”. Se extrema, así, el alejamiento de los primores estéticos. Es cierto que, por ese camino, muchos caerán en el peligro de una poesía prosaica, en el peor sentido: una poesía estéticamente banal, por un extraño pudor a “hacer literatura”. Pero también es cierto que los grandes poetas acertarán a descubrir los valores poéticos de la lengua de todos los días. En conjunto, de todas formas, la preocupación por los contenidos es evidentemente mayor que el interés por los valores formales o estéticos. ¿Consiguió esta poesía su objetivo de llegar “a la inmensa mayoría”? Piénsese que, por aquellos años -y salvo contadas excepciones-, la tirada de un libro de versos rara vez alcanzaba los mil ejemplares... Por otra parte, ¿estaba el pueblo en condiciones de leer poesía? El mismo Celaya, en 1960, confesaba que “aunque uno no lo quisiera, seguía siendo un minoritario”. Y Blas de Otero se conformará pronto con sentirse “con la inmensa mayoría”, “aunque no me lean”. Uno y otro se desengañan -como muchos- de que se pueda “transformar el mundo” con libritos de poemas. Haría falta -piensa aquél- que la poesía pasara por el altavoz o por el disco para que conquistara amplia audiencia. Tal vez es lo que, años más tarde, conseguirán ciertos cantantes y “cantautores”, como se dirá. Por lo demás, el cansancio de la poesía social no tardó en llegar, y, como sucedió en otros géneros, ello se irá acentuando en la década de los años 60.

5. DE LA POESÍA SOCIAL A UNA NUEVA POÉTICA (años 60).

Ya durante los años de auge del realismo social, se observaban otras corrientes poéticas. Poetas ya citados como José Hierro (1922) o José M^a Valverde (1926), aunque presenten a veces acentos sociales, no pueden encasillarse tampoco en aquella tendencia, por la amplitud de sus temas y enfoques.

Aunque la poesía social se prolonga en los años 60, ya en la década de los 50 comienzan a aparecer poetas nuevos que representarán pronto su superación (aunque algunos de ellos aún tengan acentos sociales en sus comienzos). Los nombres que se harán más notorios son, tal vez, los de Ángel González (nacido en 1925), Jaime Gil de Biedma (1929-1990), José Ángel Valente (1929), Francisco Brines (1932), Claudio Rodríguez (1934).

Éstos y otros (Carlos Barral, Caballero Bonald, J. A. Goytisolo, A. Costafreda, A. Gamoneda, Carlos Sahagún, Eladio Cabañero, J. Benito de Lucas, etc.) han sido recogidos en ciertas antologías bajo el rótulo de grupo poético (o promoción) de los años 50. Tal denominación parece poco acertada. Insistimos: si bien comienzan a escribir en los 50 -como hemos dicho-, su poesía marcará, sobre todo, la década siguiente, en que tales autores alcanzan su plena madurez creadora, coincidente con el agotamiento del realismo social.

Aunque no puede decirse que estos poetas formen grupo, es indudable que presentan no pocos rasgos comunes, indicio de que la poesía se orienta por nuevos derroteros. Hay en ellos (según Batlló) una preocupación fundamental por el hombre que, en parte, enlaza con el “humanismo existencial” (García Hortelano); pero huyen de todo tratamiento patético. Dan frecuentes muestras de inconformismo frente al mundo en que viven, pero cierto escepticismo los aleja de la poesía social, si bien se ha señalado en algunos de ellos un “realismo crítico”. Fundamentalmente, como ha dicho Gimferrer, “lo propio de estos poetas no es tanto el realismo histórico como la creación y consolidación de una poesía de la experiencia personal”. Y, en efecto, la expresión poesía de la experiencia sirve, a veces, de rótulo para esta corriente.

De acuerdo con ello, su temática se caracteriza, e buena parte, por un retorno a lo íntimo: el fluir del tiempo, la evocación nostálgica de la infancia, lo familiar, el amor y el erotismo, la amistad, el marco cotidiano, etc., son temas tratados con especial insistencia. En la atención por lo cotidiano pueden surgir quejas, protestas o ironías, que revelan el citado

inconformismo de estos poetas. Pero, otras veces, se desemboca en cierto escepticismo dolorido, en una conciencia de aislamiento, de soledad.

En el estilo es muy visible un voluntario alejamiento de los modos expresivos de las tendencias precedentes. Se rechazan por igual el patetismo de la poesía desarraigada (pese al frecuente sentimiento de desarraigo de estos poetas) y el habitual prosaísmo de tantos poetas sociales. Si muchos siguen fieles a un estilo conversacional, hablado, antirretórico, ello no debe ocultar una exigente labor de depuración y de concentración de la palabra. En efecto, es evidente que ha aparecido un mayor rigor en el trabajo poético. Junto a ello, cada poeta se propone la búsqueda de un lenguaje personal nuevo, más sólido. Sin embargo, no les tientan las experiencias vanguardistas: se quedan en un tono cálido, cordial contrapesado -esto es especialmente destacable- por un frecuente empleo de la ironía, una ironía triste, reveladora de ese escepticismo y ese desvalimiento que ya hemos mencionado. En cualquier caso, con estos poetas renace el interés por los valores estéticos y por las posibilidades del lenguaje.

6. LOS “NOVÍSIMOS” (años 70).

En 1970 se publica una antología de amplia repercusión, titulada *Nueve novísimos poetas españoles*. En ella el crítico J. M. Castellet reúne a los siguientes autores, nacidos entre 1939 y 1948: M. Vázquez Montalbán, Martínez Sarrión, J. M. Álvarez, Feliz de Azúa, Pedro Gimferrer, V. Molina-Foix, Guillermo Carnero, Ana M. Moix y Leopoldo María Panero.

Estos poetas no cubren, desde luego, todo el horizonte poético del momento (luego añadiremos otras líneas y otros nombres), pero resultan muy representativos de una nueva sensibilidad, dentro de la llamada generación del 68. Son poetas nacidos después de la guerra y han recibido “una nueva educación sentimental” en la que, junto a una formación tradicional y estrecha, tuvieron un papel importante ciertos tebeos, el cine, los discos, la televisión..., pero también tuvieron acceso a libros antes difíciles de encontrar, y sus frecuentes viajes al extranjero los ponen en contacto con nuevas tendencias culturales.

Su bagaje cultural y literario es amplio, y sus referencias resultan significativas: poetas hispanoamericanos como Vallejo u Octavio Paz, algunos poetas del 27 -sobre todo Cernuda y Aleixandre- y otros poetas posteriores que, al margen de la poesía social, ya habían intentado renovar el lenguaje poético (el grupo *Cántico, los postistas*, Gil de Biedma, Valente), a los que habría que añadir ciertos poetas extranjeros (ingleses, franceses, griegos). Pero no es menos importante la inspiración que encuentran en el cine, la música y la canción jazz, folk, rock), los cómics, etcétera; de todo ello hay abundantes referencias en sus poemas.

En la temática encontramos lo personal (la infancia, el amor o el erotismo, etc.) junto a lo público (la guerra del Vietnam, la sociedad de consumo). Al lado de tonos graves -ecos de un íntimo malestar- aparece una provocadora e insolente frivolidad. Marilyn Monroe se codea con Che Guevara, y Carlos Marx con Groucho Marx. Frente a la sociedad de consumo, son sarcásticos y corrosivos. Sin embargo, muestran su “escepticismo sobre las posibilidades que tiene la poesía de cambiar el mundo” (E. de Azúa). En lo personal y lo político, son inconformistas y disidentes; pero, como poetas, persiguen metas estéticas. Es el estilo, en efecto, lo que les importa ante todo. La renovación del lenguaje poético es, pues, objetivo principal; y junto a otros modelos (algunos ya mencionados), ven en el surrealismo, en especial, una lección vigente de ruptura con la lógica de un mundo absurdo. Por ello, y por la audacia de ciertas experiencias, puede decirse que nos hallamos ante un nuevo vanguardismo, paralelo de las corrientes experimentales que vimos en la novela y en el teatro de aquellos años.